

Las primeras monedas de 1940 y 1944 supusieron un cambio total respecto de la tradición inmediata. Los nuevos símbolos de las monedas, igual que los de los billetes, respondían a la ruptura con todo lo anterior de la vida política, la cultura y la enseñanza oficiales. Los elementos formales de las nuevas monedas y los billetes transmitían los valores patrios de la Historia de España que se enseñaba en las escuelas nacionales y eran un elemento de propaganda de primer orden. No había ninguna referencia a la Monarquía borbónica ni a los símbolos patrios de España diseñados por la Real Academia de la Historia en 1868, cuando nació la peseta. Las pesetas de Franco respondían a la pretensión de adoptar como modelo la España del Quinientos y asumir una identidad española inmemorial, de la época de los iberos, los primeros españoles; una interpretación histórica que estaba bajo el patronazgo de Menéndez y Pelayo.

En el capítulo sexto está el devenir de la peseta desde la Transición Democrática hasta la España de las autonomías. La clave de la interpretación gira alrededor del rey Juan Carlos I, su aperturismo iconográfico y los Gobiernos españoles. El séptimo y último capítulo se ocupa de la nueva moneda europea y el final de la peseta. En él se miden las repercusiones de la integración de la peseta en el Sistema Monetario Europeo y el ECU entre 1989 y 1995, y en el proyecto del euro desde 1995 que ha culminado en enero de 2002. El libro se cierra con un cuadro resumen de la estructura de la masa monetaria en circulación entre 1869 y 2001, y una breve selección de fuentes y bibliografía útiles sobre la peseta y el euro.

**Pedro M<sup>a</sup> Egea Bruno**  
Universidad de Murcia

**VILAR, JUAN BAUTISTA**, *El Cardenal Luis Belluga*. Editorial Comares, Granada, 2001, XXIV+373 p. + láms. (s.n.).

El Cardenal Luis Belluga (Motril 1662 - Roma 1743) es un personaje relevante en la Historia de España, del que se han ocupado algunas biografías y estudios monográficos de valor desigual. Sin embargo, su figura merece ser mejor conocida en un plano general, y también mejor investigada en sus múltiples facetas. Este doble criterio de difusión y de investigación es el que ha pretendido Juan Bautista Vilar en esta magnífica y bien lograda biografía de quien fue un hombre clave entre los siglos XVII y XVIII, hombre de transición entre Austrias y Borbones, entre el Barroco y la Ilustración, uno de los instrumentos decisivos en la instauración de la dinastía borbónica en España, destacado en la Iglesia y en la política, intelectual y devoto, ideólogo y pragmático, defensor celoso de las esencias religiosas antiguas y, al mismo tiempo, promotor de toda clase de mejoras temporales en beneficio del pueblo.

Teófanos Egido ha dicho que Belluga es un personaje en busca de autor. Juan B. Vilar ha llenado bien ese vacío. El autor afirma que sus páginas sólo pretenden ofrecer al lector una reflexión sobre aspectos fundamentales de la vida y obra del personaje, y estimular nuevas investigaciones. Hay que añadir que la biografía que nos ofrece posee, además, el mérito de la claridad en la exposición, la totalidad con que se abordan las múltiples facetas de un personaje muy complejo, y la contextualización de los ambientes religiosos, políticos y sociales de su época. Para los estudiosos encierra un valor muy especial el índice de fuentes, es decir, la completísima reseña de toda la obra inédita e impresa de Belluga (pp. 331-353), localizada en 24 archivos y bibliotecas. Con este bagaje documental, un historiador de casta, como Vilar, experto en temas religiosos y sociales, ha logrado una biografía modélica, bien contada y sólidamente documentada.

El libro se abre con una penetrante introducción en la que se explica la importancia histórica del biografiado y los rasgos principales de su carácter, lleno de contrastes y aun contradicciones. Para abordar la biografía de un personaje tan polivalente como Belluga, el autor ha seguido la técnica de superposición de facetas, como en las viejas litografías, en que los colores se van añadiendo sucesivamente hasta lograr una imagen ajustada y completa. Las facetas de aquel hombre tan singular se desarrollan en diez capítulos: 1: El hombre. 2: El sacerdote. 3: El soldado. 4: El virrey y capitán general. 5: El cruzado. 6: El obispo. 7: El reformador. 8: El filántropo, fundador, mecenas y empresario agrícola. 9: El político. 10: El cardenal. En los dos primeros capítulos se trazan las etapas iniciales de la vida de don Luis, sus estudios, y los rasgos de carácter más persistentes, resaltando con acierto su condición sacerdotal que configura toda su vida, pues siempre fue un sacerdote ejemplar, estrechamente vinculado a la renovadora Congregación de Felipe Neri. Siguen tres capítulos en los que se explican las funciones castrenses y civiles de Belluga en los primeros años de su episcopado murciano, durante la guerra de Sucesión, en la que se mostró defensor convencido y decisivo de Felipe V. Luego se expone con detalle el meollo de la actividad de Belluga, que fue su admirable labor al frente de la Iglesia de Murcia (1705-1727), no sólo como pastor espiritual y reformador religioso, sino también como fundador de instituciones benéficas y organizador de los soportes económicos que las dieron consistencia. Sus ideas políticas están muy influidas por el espíritu de la Contrarreforma (antirregalismo), al mismo tiempo que expresan el espíritu crítico y reformista del siglo XVIII (carta a Felipe V sobre los males de España en 1721, inspiración de la bula *Apostolici ministerii* de Inocencio XIII).

El último capítulo se dedica a su actividad como cardenal (nombrado en 1719, y residente en Roma desde 1723). En la ciudad eterna actuó como «Protector de España», alivió las tensiones de la curia pontificia con la corte de Madrid y negoció los primeros acuerdos de lo que sería el Concordato de 1753. En Roma prosiguió sus obras benéficas y sirvió a la Iglesia en importantes trabajos. Desde la Congregación de Propaganda Fide inició encuentros ecuménicos con las iglesias de oriente (maronitas, melquitas, armenios, etc.), e incluso se ocupó de establecer conexiones con el lejano Tibet. Belluga no pudo intervenir en la condena de Clemente XI a los ritos chinos (1715), que resultó tan

lastimosa para las misiones, y especialmente para los jesuitas, a los que el cardenal profesó gran estima.

La riqueza informativa de esta biografía es grande. Se tocan muchos temas sustanciosos relativos a la política, la cultura, el pensamiento y la economía, que resultan especialmente valiosos por referirse a uno de los tramos de nuestra historia eclesiástica y civil más necesitados de investigación. Destacaré solamente las tres aportaciones que me han resultado más novedosas: la guerra de Sucesión, los aspectos costumbristas y las iniciativas benéficas y económicas. El autor describe con acierto el desarrollo del conflicto sucesorio en el Reino de Murcia, territorio clave para contener el avance austracista entre Valencia y Andalucía. Se explica así la importancia de la batalla de Almansa, y la acción decisiva de Belluga en la organización de milicias y recursos, y en la propaganda de la causa borbónica, presentando la guerra como una cruzada contra los herejes. Más que las campañas bélicas, se nos describen los desastres de la guerra, las divisiones, las represalias y la miseria. También el comportamiento humanitario del obispo con el vencido y su renuncia al virreinato (fue el último virrey de Valencia) en protesta por la represión desencadenada por el vencedor. Vilar echa abajo así, documentalmente, la injusta imagen de Belluga como represor, transmitida tenazmente a la posteridad por sus interesados enemigos.

Las relaciones de las visitas «ad limina», las cartas pastorales, los edictos y otros escritos revelan la intensa actividad del obispo, la estructura de la diócesis cartaginense, y el comportamiento de clero y pueblo. Esos documentos nos describen interesantes cuadros de costumbres. La situación espiritual era deplorable, especialmente después de la guerra. Se nos cuentan casos curiosísimos de monjas relajadas, violadas y amotinadas. En su afán reformador el obispo mostró un celo desmedido contra los excesos de las nuevas modas venidas de Francia. Consideraba pecado mortal «los escotados que se llaman petos, que llevan la mitad de los pechos fuera», «las faldas tan cortas por delante que descubren los pies», los velos transparentes, las mangas de ángel (no cerradas hasta el puño), los saraos y los juegos de naipes. Belluga lanzó pastorales contra la inmodestia y el lujo, y en 1722 escribió un libro «Contra trajes y adornos profanos». El autor matiza estas exageraciones indicando que lo que en ellas se combatía principalmente era el lujo y despilfarro de la aristocracia insensible a los males que estaba sufriendo el pueblo.

La buena fama de Belluga se debe sobre todo a sus iniciativas benéficas, económicas y sociales. El autor se recrea en estas obras, en las que el gran obispo procuró asegurar las obras benéficas tradicionales con una economía estable, inspirada en los criterios de la Ilustración. Admira la simple enumeración de las instituciones apuntaladas o fundadas por aquél; pero también el detallado reparto de las 40 porciones en las que se dividían las rentas para sostener sus fundaciones, o las subporciones que se aplicaban a determinados fines (cf. esquemas en p. 187 y 193). El mayor peligro de las fundaciones en la Edad Moderna estaba en la inseguridad de las rentas. Para dar estabilidad a sus fundaciones Belluga organizó un plan económico de largo alcance: la colonización de las tierras del Bajo Segura, en una extensión aproximada de 5.500 hectáreas. Se desecaron las marismas

malsanas, se construyeron acequias, y se establecieron colonos en tres villas nuevas: Dolores, San Felipe Neri y San Fulgencio que todavía subsisten y gozan de buena salud. La piedad de Belluga, reflejada en los nombres de estos pueblos, se expresaba en acciones de caridad y de justicia, que ofrecían remedio a los necesitados en el hospital, el hospicio, la casa de expósitos, la casa de recogidas, el seminario, el colegio de infantes, los montepíos y pósitos para remedio de la usura, y las limosnas ocasionales para los pobres, los presos o los damnificados. Las fundaciones de Belluga demuestran, indirectamente, lo mucho que podía hacerse con las pingües rentas eclesiásticas del Antiguo Régimen, cuando surgían hombres inteligentes y emprendedores, con una fe religiosa comprometida con las necesidades del pueblo.

**Manuel Revuelta González<sup>1</sup>**

Universidad Pontificia de Comillas - Madrid

---

<sup>1</sup> Manuel Revuelta González es catedrático de Historia Contemporánea e Historia de la Iglesia en la Universidad de Comillas - Madrid.